

Dar testimonio

Leo en la prensa (*El País*, 18-6-2002) que la cadena holandesa de televisión NCRV indemnizará por difamación a la familia de una joven que aseguró en uno de sus programas haber sido forzada a mantener relaciones sexuales con su padre. Según ella, se quedó embarazada en cinco ocasiones, mató a cuatro de los bebés y vendió el quinto. La familia de la entrevistada, que negó siempre el incesto (efectivamente, no lo había habido), no consiguió que la emisora diera su versión de los hechos y demandó a sus responsables por difamación.

Cuando leí esto recordé que hace tiempo vi estupefacto la declaración de una madre que decía de su hija las cosas más atroces en uno de estos programas en los que se hacen declaraciones, muchas de ellas desgarradoras, de asuntos relacionados con la pareja, la familia, la amistad y el sexo (*talk show*, creo que se llaman en el argot). En aquella ocasión la hija llamó por teléfono al programa y devorada por el dolor manifestó no que su madre había mentido (lo que seguramente ocurrió), sino simplemente que no comprendía cómo una madre podía decir eso de una hija y más ante millones de personas.

Los casos anteriores, quizá por extremosos, ponen de relieve hasta dónde se puede llegar en ese afán por hablar en público de uno mismo. Para mí, sin embargo, no hace falta ir tan lejos: los que dan testimonio público de su vida privada más sangrante me repugnan, aunque no incluyan exageraciones ni mientan. Primero, porque todos formamos parte de la vida de otros, igual que otros forman parte de la nuestra. Cuando nosotros contamos algo de nuestra vida que debe permanecer oculto o en el círculo limitado en que nos movemos y, sin embargo, lo aireamos ante cientos, miles o millones de personas como si fuera nuestro en exclusiva, estamos aireando también y sin permiso la historia de otros, o para ser más exactos, nuestra versión de una pequeña historia en la que nosotros sólo somos un personaje más, aunque sea el protagonista. Y cuando aireamos nuestra vida para dar testimonio, la juzgamos, y con ello juzgamos a los personajes que la integran. Por ejemplo, la muchacha holandesa denunció a su

padre, pero los ofendidos eran su madre y sus hermanos, entre otros familiares cercanos (su padre había muerto hacía seis años), a los que veladamente acusaba de encubrimiento o, cuando menos, de negligencia, y a quienes obligaba a un sufrimiento innecesario, incluso aunque lo declarado hubiese sido verdad.

Y segundo porque si me espanta que millones de personas se sienten en el sillón de su casa a ver correr la roja sangre de un cuerpo mutilado, más me espanta que lo hagan para ver correr la incolora y viscosa sangre del alma. Sacarse el corazón y mostrarlo desnudo, sanguinolento y palpitante ante una multitud de desconocidos, ansiosa de morbo o no, tiene mucho de espectáculo obsceno y poco de terapia de grupo. Quienes manifiestan lo más hondo de sí mismos en público no me parecen dignos de alabanza, sino al contrario, de lástima, pues no se desprenden de lo que les corroe o angustia, como ocurriría si lo hicieran ante un profesional o un amigo, sino que convierten su angustia en carnaza y la ofrecen en un vitrina para consumo de cualquiera, lo que seguramente les producirá más angustia y más dolor.

Tampoco creo que sirvan de ejemplo para nadie esos testimonios descarnados, por ejemplarizantes que parezcan. Al menos a mí sólo me sirven de ejemplo los que cuentan sus dolores en privado.

Juan Bosco Castilla